

# ORDENACION DE DIACONOS

## CATEDRAL DE CADIZ . 28 de SEPTIEMBRE 2014

Domingo 26 T.O / A: Ez 18, 25-28; Sal 24:; Filp 2, 1-11;  
Jn 13

Mis queridos Benjamín, Jesús y Rubén:

Queridos amigos, pueblo santo de Dios, sacerdotes, seminaristas, consagrados, fieles todos. Ilmos Sres Vicarios, Sr. Deán, Rector del Seminario y formadores:

Bienvenidos a esta celebración en la que estos jóvenes queridos amigos van a recibir el diaconado. Habéis tomado una gran decisión: prestar vuestras vidas a Dios para que, llamados por la iglesia que acoge vuestra vocación, seáis ministros del Señor, enviados por El en nombre de la Iglesia. Hoy dais un gran paso. El diaconado no es para vosotros un trámite para la ordenación sacerdotal, sino que os dispone enteramente para ser ministros del Señor y consagrados.

*Ministros, siervos de la misericordia del Señor*

El Señor os ha escogido, os ha llamado y habéis respondido con amor: para servir (*diakonía*). La diaconía que desde ahora os caracteriza se ha de mostrar en el servicio de la caridad, en el servicio de la palabra, en el servicio de la eucaristía. Habéis sido elegidos por Dios y por la Iglesia para participar en la misión de Cristo. El sacramento os otorga el don y la gracia a la que queréis corresponder con la entrega de vuestra vida. Acabamos de ver cómo Jesús, antes de padecer y morir, lava los pies a sus discípulos. Les costó entenderlo hasta verle resucitado, pero ahora comprendemos que su muerte nos ha dado la vida, y que darla es el mejor servicio. Sin servir no se puede ser cristiano.

El servicio ( *diakonía* ) es un elemento constitutivo y esencial del ser de la iglesia y del ser Cristiano. Nos dice que la razón de ser de la iglesia no está en ella misma, que vivimos para los demás, que la iglesia es para los otros, y sin ellos los cuales ni la iglesia ni el cristiano existen como tales. En el marco de esta diaconía existencial es donde se sitúa todo ministerio en la iglesia, pero más aún el ministerio del diácono. El diácono viene a ser una personificación oficial pública y jerarquizada del servicio entero de la Iglesia y todos los cristianos; el símbolo sacramental personalizado, y así públicamente reconocido por la investidura litúrgica, de un servicio que a todos compete; la *anamnesis* individualizada de un servicio que mana de Dios, y la interpelación visible de una responsabilidad existencial cristiana.

El denominador común de todos ellos es la misericordia. Pedimos hoy al Señor que la misericordia oriente el corazón y la acción en vuestra vida, porque vuestra fuerza está en el corazón. Dice un proverbio que “al cuello lo dobla la espalda, pero que a un corazón únicamente lo dobla otro corazón”. El amor es irresistible. Vuestro corazón debe estar marcado fuertemente por el corazón sacerdotal de Cristo. ¿De que manera?

### *Condiciones para el diácono*

En primer lugar en la relación personal con Cristo. Somos amigos de Jesús, identificados interiormente con El. Jesús, que muestra la misericordia entrañable del Padre, su ternura a los hombres, vive siempre en oración, se retira a orar noches enteras, se aparta para volver lleno de amor, de intimidad divina, para trasparentar al que es Rico en Misericordia.

Debemos ser siempre contemplativos en la acción. Preguntaos a diario: ¿Cuál es el lugar de Jesucristo en mi vida sacerdotal? ¿es la relación viva de hermano, de amigo íntimo, indispensable, de pobre hombre ante Dios? ¿o es una relación artificial, un presupuesto que se da por supuesto, pero que no es capaz de transformar los sentimientos, la vida, la acción? Sin esta relación viva nuestro “servicio” se queda sin corazón, sin misericordia. Entonces nos quedamos desvalidos y nuestra caridad es simple asistencialismo; nuestra liturgia sin unción, sin alma, puro rito; la predicación sin convicción ni testimonio; la Eucaristía sin Comunión, aunque se mantenga Cristo realmente presente en ella. ¿Por qué? Sencillamente por la fuerza orante de Cristo.

Pensad en la fuerza de la oración: esta ordenación es un evento de oración. Ningún hombre puede hacer de otro un sacerdote o un diácono, sino que es *el Señor mismo quien, a través de la palabra de la oración y el gesto de la imposición de las manos, asume al hombre totalmente a su servicio, lo atrae a sí mismo sacramentalmente* para que su Palabra y su obra estén presentes en todos los tiempos.

La segunda condición es estar llenos del amor del Señor para ser misericordiosos con El e imagen suya. Su compasión le llevaba a curar a los enfermos, a escuchar a los apenados, a predicar la buena noticia a los pobres. En la situación presente los empobrecidos y los necesitados llaman a nuestras puertas buscando la compasión de Dios y la caridad cristiana: salgamos a su encuentro. Socorred a los pobres y necesitados, potenciad la caridad que comparte los bienes con los necesitados, remediad con la ayuda de la comunidad a cuantos se acercan a la iglesia buscando ayuda. Os confortará la generosidad encomiable de los fieles que dan tanto de lo suyo, hasta de lo necesario, con tanta ejemplaridad. Que vuestra actitud disponible y generosa y entregada sea un estímulo para acudir al Señor que nos enseña a vivir como hermanos, compartiendo los bienes y buscando el bien de cada persona.

Jesús se conmovía también con los que estaban “como ovejas sin pastor”. He aquí la misericordia convertida en búsqueda, en el salir al encuentro propio de la misión cristiana de evangelizar. ¡Qué gran responsabilidad que el injusto se convierta, que el justo sea fiel, que todos vivan reconciliados con Dios, como hijos! (cf. Ez 18, 25ss). Quien lo consigue “salva su vida”, quien lleva a Dios, quien evangeliza es feliz. Nuestra acogida y preocupación por los demás debe partir del corazón para llevarnos también al corazón de los demás, donde el hombre necesita del sentido, de la esperanza, y del aliento para vivir, para ser persona, para sentirse amado por Dios, para entregarse y vivir por amor aún en medio de las dificultades de la vida. Nosotros aprendemos también la compasión en la escucha de la Palabra, en la confesión de nuestros pecados, en la adoración, que nos hace vivir en comunión.

Pero se da aún un tercer componente, porque la compasión va unida a la comunión. Es una contradicción comulgar sin vivir la comunión. Están unidas en la misericordia de Jesús. Nunca las separéis. *La Iglesia no es nuestra, sino suya, la Iglesia de Dios.* no atamos a los hombres a nosotros; no buscamos poder, prestigio, o estima para nosotros mismos. Conducimos a los hombres hacia Jesucristo y así hacia el Dios viviente.

Por esta misericordia debéis mostrar el camino de la fraternidad. Es una cuarta consecuencia. No hay otro camino, como dice San Pablo a los Filipenses que compartir los sentimientos de Cristo Jesús, vivir según el Espíritu de Dios, con humildad, como Cristo “que se somete incluso a la muerte y muerte de cruz” (Filp 2, 1-11). La caridad pastoral es ya vuestro distintivo diaconal, el sello del verdadero servicio misericordioso de Cristo. Somos hermanos. Vuestra caridad pastoral os llevará también a la fraternidad sacerdotal, que es amor y colaboración sincera con vuestros compañeros presbíteros. Cuidad siempre el presbiterio para que en él brille la comunión, un testimonio que por sí sólo es evangelizador. Nunca permitáis la crítica ni la división, que muestra ante el mundo la misma mundanidad, no la santidad, y que devalúa nuestra caridad. La obediencia que prometéis al obispo es la garantía sacramental de una fraternidad que va más allá del amor interesado (--si amáis a los que os aman ¿qué mérito tenéis?--). Es escuela de colaboración sincera y humilde, en la competición de quién sirve más y mejor, del esfuerzo que no busca recompensas ni se pone medallas. “Tened a los demás como superiores de vosotros mismos”. “Si queréis darme un gran consuelo, una gran alegría, dice San Pablo, manteneos concordes en un mismo amor”. Es lo que espera la Iglesia y el mundo de nosotros para que el amor de Cristo y nuestro servicio sea creíble.

El Señor espera de vosotros “diáconos” ---que sois ya amigos íntimos suyos--- que, aunque el nos ha llamado amigos, no siervos, nos unamos a él que “se anonadó haciéndose siervo y se humilló hasta la muerte y muerte de cruz” (Filp 2). Por eso, no hay diaconía sin cruz, que es fuente de amor, de perdón de amistad. “el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”. Por lo tanto, *servir es donarse a sí mismo, a los demás de parte de Dios y en vista de Dios.*

Por último vivir como consagrados. Vais a ser consagrados para una misión sacramental. Esto quiere decir que el Espíritu Santo os ungirá para siempre, pero porque para que seáis portadores de esa unción, Dios quiere transformar vuestro corazón. El cambio radical que se opera hoy en vuestras vidas os hace desde ahora consagrados, como expropiados, propiedad de Dios para evangelizar. Hoy hacéis vuestros los consejos evangélicos para vivir desprendidos con los pobres, libres por la obediencia y entregados como vírgenes al amor eterno de Dios, que es amor. Cada uno de vosotros dice hoy al señor: soy todo tuyo, solo tuyo, para siempre tuyo.

Damos gracias a Dios por vuestra consagración porque es el mayor testimonio para el mundo de que sólo Dios basta; el llena la vida por completo y nos hace felices. Cuando nos llama nos entregamos completamente a El y nuestro amor anima la fidelidad de los esposos, la entrega de las vírgenes, la pureza de los jóvenes, la inocencia de los niños, la paciencia de los mayores.

Queridos hijos: nunca perdáis vuestra unción. Ha dicho el Papa Francisco que si la perdemos nos hacemos “grasientos”, no ungidos (Misa en Sta Marta 11/01/ 2014). ¡Cuánto daño hacen los sacerdotes grasientos que ponen su alma en las cosas artificiales, en la vanidad, en el poder, en la búsqueda de la buena vida, en la mundanidad! El Papa Francisco habla del “sacerdote-mariposa”, que está siempre en las vanidades, que ha perdido su unción, que es grasiento. Y también del sacerdote de negocios etc. de los que cambian a Cristo por el dios Narciso: el de los pequeños ídolos, el idólatra, el ególatra. Cuando perdemos el amor virginal, enamorado, y Jesús deja de ser nuestro tesoro, y buscamos otros tesoros, prebendas, honores. Si perdemos la dependencia sin doblez y libre, fruto de la obediencia, al servicio de la misión, nos aferramos a los puestos, a los cargos, y nos hacemos burócratas, pero no ungidos; podemos ser oficinistas, mánager, directivos de empresa.

Hay, sin duda, otra consagración que nos purifica: el sufrimiento pastoral por el que nos hacemos misericordiosos (cf. Francisco a los sacerdotes de Roma, mayo 2014). Estad preparados porque estaréis sometidos al juicio crítico de los demás, a veces anticristiano, a veces de cristianos mundanos. Difícilmente si obráis en conciencia y con recto juicio os libraréis de la incompreensión y de la persecución. Pero solo el amor a Cristo crucificado nos permite contagiar el amor, y predicar la sabiduría de la cruz, que es distinta a la sabiduría del mundo. Ahora bien, sed mártires pero nunca verdugos: rechazad la crítica que rompe la comunión y escandaliza a los débiles, pero no entréis en las intrigas clericales, una de las tentaciones que dice el Papa en *Evangelii Gaudium* que atenta contra el gozo de evangelizar y que es el cáncer de la Iglesia. Por esto, no perdáis nunca la relación amorosa, entregada, delicada con Jesús. Porque el Señor quiere que seamos maestros de fe, no maestrillos de escuela, “discos rallados”, que repiten una lección.

¡Qué felices somos cuando vivimos bien la vocación! ¡Que gozo tan grande hay en la entrega! ¡Que confortador es el Señor cuando nuestro corazón

es para el! ¡Que satisfacción tan grande cuando los pobres que nos rodean encuentran la ternura, la escucha, el auxilio de Dios! ¡Que gracia poder animar dentro de las parroquias los grupos de caridad y alentar la comunicación de bienes, y poder ver el milagro de la generosidad, la compasión con los necesitados! ¿Y cuando las personas heridas encuentran el perdón de Dios, el bálsamo de la gracia, la reconciliación? ¿Y cuando adultos, solteros, casados, jóvenes... encuentran al Señor? Cuando vivimos la vocación somos felices. Por eso ha dicho el sicólogo Stephen Rossetti (05/04/2014) que el 90% de los sacerdotes somos felices, según un estudio suyo. Este es el mayor atractivo para que otros sigan a Cristo y le entreguen la vida.

Como ministros de la Eucaristía distribuiréis a Cristo, llevaréis la comunión a los enfermos, alentaréis la adoración al Santísimo. Tened abiertos los ojos porque veréis los milagros de la presencia activa de Dios (ya lo habéis comprobado muchas veces). Pasará por vuestras manos la gracia al administrar el bautismo, al presidir los matrimonios, cuando oréis en las exequias y acompañéis a los desconsolados ofreciéndoles el consuelo de la esperanza en la vida eterna y el amor de Cristo vivo. Recordad entonces también que estáis consagrados, que todo lo que ofrecéis viene de el.

Volved siempre al primer amor, cuando Cristo dice a Pedro: “¿Me amas? Apacienta mis ovejas”. Y lo más impresionante es que después le dice, como os ha dicho a vosotros: “Sígueme”. Cada vez que os vistáis la estola, escuchad al Señor que os dice al oído: “¿Me amas?”. Y al alzar el evangelionario te susurrará: “Sígueme”. Y al ofrecer el ósculo de la paz al pueblo de Dios, recuerda que en nombre de Dios estás invitando a la compasión con los necesitados y a la paz del cielo que comienza con la comunión fraterna. Decidle: “tu sabes que te amo” y Dios nunca os dejará solos para ejercer este oficio de amor.

AMEN